

Editorial

Los países han ido ingresando en el proceso de globalización de diferentes maneras, lo cual ha marcado con características particulares a cada una de las economías y sociedades que se han articulado a ese proceso. Los conocidos como tigres asiáticos se vincularon a través de un largo tiempo de preparación en el que la intervención del Estado fue clave para que alcanzaran los niveles de competitividad que hoy presentan, siendo la adaptación tecnológica la base de ese logro. Los países europeos por medio del proyecto histórico decantado en la Unión Europea (UE) se han otorgado unos lapsos y ritmos de articulación en la doble tarea de afianzar hacia el interior las políticas de desarrollo y hacia el exterior asentar sólidamente las exportaciones de bienes y servicios, todo eso sobre la base de la cohesión programada. Los Estados Unidos, promotor principal de la globalización, ha ampliado su potencial económico por medio de la centuplicación de su comercio en los últimos veinte años, aprovechando fundamentalmente la continuada hegemonía del dólar como moneda mundial, a parte de su portentoso desarrollo industrial y tecnológico. Por su parte, en América Latina, la manera como Brasil se ha articulado al proceso ha sido gradual; política que la ha permitido desarrollar su capacidad productiva por medio de una indexación del crecimiento de los procesos de investigación científica y desarrollo tecnológico (I&D) — comportamiento que data de varias décadas atrás—, logrando fortalecer y ampliar su mercado externo. Chile, igualmente, ha consolidado el desarrollo tecnológico y, por consiguiente, sus exportaciones, ganando de manera paulatina nichos de mercado importantes en los Estados Unidos y la UE, principalmente en productos minerales y del mar, a través de un proceso escalonado que le ha conferido madurez estratégica en el sentido de otorgar atención especial al crecimiento y a la cobertura social proveniente del mismo, expresada en la distribución del ingreso. Existen otros países de la región que han logrado vincular sus economías a la globalización merced a tratados de libre comercio como es el caso de México o por medio de importantes innovaciones productivas como Costa Rica. En las situaciones descritas hay una visión de largo plazo que fortalece la permanencia dinámica de esas economías en el mercado mundial.

Colombia: con el proceso aperturista se dio el primer paso hacia la globalización; sin embargo, la economía resintió en todos los sectores la política de choque con la cual se inició. Al cancelar la gradualidad, las finanzas gubernamentales comenzaron a deteriorarse por el efecto de menores ingresos arancelarios; al vender los bancos y las empresas comerciales e industriales del Estado, el deterioro fiscal se incrementó, y la deuda pública creció de manera asintótica. El celebrado plan de desarrollo de *La revolución pacífica* que abría un horizonte hacia la innovación y la competitividad en el sector empresarial, se fue desdibujando con el

paso del tiempo. En el Salto Social apenas se le dedicaron dos o tres cuartillas al tema, y en los planes de desarrollo de Pastrana y Uribe, éste se circunscribe a cuestiones muy puntuales, sin enlazarlo (linkages) con un proyecto exportador, objetivo claro de cualquier política de apertura. Así, han pasado casi quince años desde que el ideario endógeno del capital humano capturó la atención de los centros de estudio, provocando la formulación de una política de ciencia y tecnología por parte del Estado, la que sin dolientes en el país a lo largo de ese tiempo, quedó expósita (no bien acabada de nacer, abandonada), colapsando entonces.

Para los países y economías que se lo han propuesto, el avance en I&D les ha permitido ganar mercados. Esto es evidente. También lo es el desplazamiento de la economía colombiana hacia lugares periféricos. En gran medida el comercio exterior del país sobrevive debido al Sistema de Preferencias que le otorgan los Estados Unidos y la UE; y con el TLC a firmar por parte de los gobiernos estadounidense y colombiano, el efecto “invasión” —una especie especialmente perversa de dumping— hará que los mercados de bienes y servicios nacionales queden también ad portas de colapsar. Lo que comienza mal termina mal, decían los ancestros: al Colombia hacer una apertura económica hacia adentro —de clara estirpe cortoplacista, tópico muy colombiano— y no hacia afuera (pro-competitiva), su clase empresarial y política demostró su incapacidad histórica para comprender las inmensas posibilidades de la globalización, no obstante que todos a una (como en Fuenteovejuna) expresaron su “bienvenida al futuro” por medio de folios, foros, seminarios, y hasta normas institucionales. La realidad hoy es contundente pues la economía colombiana no tiene nada nuevo que vender al mundo desde hace más de diez años. El ATPA-DEA es una muestra.

¿Soluciones?. Difícil crearlas en las actuales circunstancias, cuando los beneficios especulativos han logrado cotas inmejorables para los inversionistas nacionales y extranjeros y cuando el índice de Gini señala un regreso a las décadas de los 70. La venta o fusión con empresas transnacionales se han llevado lo poco competitivo que tenía la economía del país. El patrimonialismo continúa siendo una heredad del imperio español que signa la idiosincrasia de nuestros administradores, políticos y empresarios. Así, el problema no es sólo económico sino cultural y político. ¿Será posible hacer simétricas estas tres realidades para iniciar el despegue que necesita la sociedad colombiana?. Porque no puede perderse de vista que, también, la contribución a la paz se juega en la respuesta a este interrogante.

Manuel Francisco Caicedo Ruiz
Director